

conferencia era muy interesante, y además, ahora es necesario que nos exhibamos de cuando en cuando.

—Ya lo sé—contestó su esposa.

Y como un niño que se duerme, dejó caer la cabeza, metida en la elegante capucha del abrigo, sobre el hombro de su marido. Sus manitas buscaron la mano de Sulpicio para estrecharla, y en tanto que ella tranquila descansaba así, Sulpicio Vaudrey veía, con los ojos de la imaginación, á aquella rubia deliciosa que se pasaba la lengua sobre los ardorosos labios y sonreía tomándose un sorbete....

VI.

En el saloncillo japonés, tapizado de azul, Mariana, sentada en un diván, medio vuelta hacia el Duque; mirándolo fijamente como queriendo leer en sus ojos su pensamiento, aparecía al español, como á Vaudrey, verdaderamente deliciosa sobre aquel fondo azul que tanto hacía resaltar su belleza de rubia.

Verdad es que con Rosas tenía un abandono muy distinto al que tenía con Sulpicio, y que en-

volvía al Duque en una mirada ardorosa y llena de pasión.

José estaba pálido delante de aquella criatura exquisita, de la cual, allá en el fondo del alma, había llevado la imagen por todas partes á donde le condujo su capricho de intrépido viajero. La contemplaba como se contempla á la mujer largo tiempo deseada, que una necesidad cualquiera hacía imposible, y que la casualidad acerca de repente poniéndola al alcance de la mano.

Estaba más bella que nunca, elegante, fascinadora, *más hecha*, como una fruta bien madurada, á la cual el color hace más apetitosa. Poco antes Sabina había puesto en contacto aquellos dos seres, y por instinto, como si tuviesen muchas confianzas que hacerse, habían buscado la soledad en medio de aquella animación, y habían hallado asiento en aquel saloncito retirado á donde Vaudrey, también por instinto, había ido en busca de Mariana.

Sí, verdaderamente, ella tenía muchas confianzas que hacer al hombre que apareció un día en su camino y desapareció en seguida permaneciendo como muerto para ella durante varios años. Parecíale á Mariana que rejuvenecía, que no había transcurrido el tiempo, al verse cara á cara

con Rosas, el cual, á despecho de su frialdad, había dejado adivinar su pasión alguna vez, acaso porque las mujeres amadas adivinan el secreto de quien las ama antes de que el hombre se dé cuenta exacta del estado de su ánimo.

Sentía la joven una alegría intensa, sincera. Recordaba sus conversaciones íntimas con José, á presencia de Guy en aquel rincón de Oriente, escondido en una casa de la calle de Laval. Los tapices japoneses del saloncito en que se hallaban contribuían no poco á la ilusión.

—¿Queréis creer que me parece que he estado soñando estos años y que no he envejecido?

—Y en efecto no habéis cambiado. Me equivoco, antes bien.....

—Sí, ya sé lo que vais á decir: he embellecido. Es esa una galantería que conozco..... Ya me la dirigió Lissac la otra mañana.

Mariana se mordió imperceptiblemente los labios, pronta á lamentar aquella imprudencia, pero aun cuando á propósito hubiese traído á colación el nombre de Guy no hubiera podido quedar más satisfecha del resultado.

El señor de Rosas, muy pálido de ordinario, se puso lívido, y un gesto violento, aunque prontamente reprimido, erizó su bigote por un momento.

—¡Ah!—dijo, disimulando su enojo—¿Seguís viendo á Guy?

—¿Yo? Hacía cinco años que no le dirigía la palabra cuando fuí á rogarle que me proporcionara una invitación para esta noche porque sabía que os encontraría aquí.

—¡Ah!—dijo José otra vez, sin añadir una palabra á esta exclamación.

Mariana estaba satisfecha. Ya sabía que el Duque la amaba aún, puesto que el nombre de Lissac le había hecho estremecerse. ¡Vamos, no había equivocado el cálculo!

—¿Qué ha sido de vos, mi querido Duque, durante todos estos siglos que han pasado sin veros?—preguntó.

Y lo miraba como acababa de mirar á Vaudrey con su habitual sonrisa dulce y burlona, profundamente agitadora y con una mirada que escudriñaba hasta el fondo del alma de su interlocutor.

—Ya sabéis lo que se suele decir: he vivido. Esto es tal vez una solemne tontería, pero es también una gran verdad.

—Y apuesto—contestó atrevidamente Mariana, —á que no habéis pensado ni una sola vez en mí.

—¿En vos?

—En mí. En esta insensata de Mariana que es

la cabeza más dada á pájaros que habéis encontrado jamás en vuestros viajes desde el polo Norte al Cambodge, pero que no tiene mal corazón, aunque sí es muy desgraciado y no ha dejado de latir violentamente al calor de ciertos recuerdos que vos no conserváis sin duda.

—Me acuerdo de todo—respondió el Duque con la mayor seriedad.

Mariana le miró y se echó á reír.

—¡Oh! ¡Cómo decís eso, Dios mío! ¿Os acordáis? Yo os solía llamar D. Carlos y ahora me habéis hecho pensar en Felipe II. «Me acuerdo de todo.» ¡Brr!..... ¡Qué tono más fúnebre! Y sin embargo, nuestros recuerdos no tienen nada de tristes ni de dramáticos.

—¡Eso depende del bien ó el mal que hayan causado!—contestó Rosas cada vez más serio.

—¡Castígueme Dios si jamás he querido hacer el menor mal, mi querido Rosas! ¡Dadme la mano! ¡Siempre os he estimado muchísimo, querido amigo!

Y lo atrajo hacia sí suavemente inclinando la frente hacia los ojos del joven.

—Miradme bien y decidme si miento.

El Duque trató de leer, en efecto, en las pupilas de los garzos ojos de Mariana; pero escapábase de

éstos una llama tan extraña, que retrocedió, arrancando su mano á la presión de sus delicados dedos.

—Vamos, vamos—dijo ella—veo que mis ojos de gata os siguen dando miedo. ¿Tan terribles son?

Y los ponía dulces, acariciadores, tímidos, humildes.

—Después de todo no deja de ser una gloria, mi querido Duque, causar miedo á quien mata tigres y leones como un cazador de por acá mata un conejo.

—Bien sabéis por qué soy bastante niño para temblar delante de vos, Mariana. ¡A mi edad es ridículo! Pero soy supersticioso como los jugadores..... ó como los marinos, esos otros jugadores que se juegan á cada paso la vida, y jamás os he visto sin experimentar la sensación de que detrás venía un sufrimiento para mí.

—¿Qué sufrimiento?

—Sufrimiento por vos—dijo el Duque.—Tened entendido que si no os hubiera visto es probable que no hubiese visitado jamás los países de que hablaba hace un momento, y que llevaría ya mucho tiempo casado y viviendo tranquilamente en Madrid ó en Toledo.

—¿Y yo os lo he impedido?.....

Rosas interrumpió á Mariana con viveza, y dijo con tono breve y con una sonrisa casi dolorosa:

—¡Ay, querida amiga, si supieseis!..... ¡Habéis impedido tantas cosas!

—Si he impedido que seais desgraciado, me alegro muchísimo. Después de todo nunca tuvisteis vocación decidida de casado cuando preferisteis corretear por esos mundos de Dios.

—Como D. Quijote, ¿no es verdad? Pues sabed también, ya que hablamos de estas cosas, que impedisteis que muriese en un rincón olvidado como un perro.

—¿Yo?—dijo Mariana.

—Vos ó vuestras canciones, como queráis. Si en Egipto. Tuve una fiebre perniciosa, algo así como el tifus. Me dejaron por muerto, como después de una batalla, en el pueblecillo más pobre y más miserable de los fellashs, sin médicos y sin nadie que pudiese curarme, sin cama y sin un mal colchón siquiera. Mis criados, creyéndome perdido, me abandonaron dejándome tendido en un montón de paja húmeda y podrida.

—¿Vos, el Duque de Rosas?

—Representé á conciencia el personaje de pa-cientísimo Job..... flaco..... con la barba de tres

meses..... y arrastrándome..... al aire libre..... Pero tranquilizaos porque las noches allí son calurosas..... Por las tardes las mujeres fellashs, se reunían en torno mío, y en tanto que yo miraba al sol que doraba sus bronceadas mejillas—había algunas muy guapas de las cuales conservo una acuarela en la memoria—ellas me lanzaban injurias y maldiciones guturales..... que por desgracia comprendía, porque hablo su idioma.

El Duque sonrió, añadiendo:

—Y á la par que sus injurias, que eran de lo más grosero que puede imaginarse, me tiraban puñados de fango. ¡Oh! las mujeres cuando se empeñan son el diablo! ¡Aquellas odiaban al *roumi*, al perro cristiano! Es verdad que ni aquellas, ni en general ninguna mujer, gusta de los hombres caídos. Las mujeres no son partidarias de los débiles.....

—¿Y las enfermeras, las hermanas de la Caridad?

—¿Estais bien segura de que las hermanas de la Caridad son mujeres, mi querida Mariana? En resumen, os juro bajo palabra de honor que en aquel estercolero maldito no deseaba más que una cosa, y era acabar cuanto antes conmigo mismo. De pronto, no sé por qué, ó más bien, lo sé dema-

siado, en mi delirio empecé á escuchar una voz que venía de muy lejos y que cantaba—¿á que no adivináis el qué?—unas coplas horrorosamente absurdas que habíamos oído juntos vos y yo una noche en Variedades, en una revista muy mala que se representó muchas veces seguidas.

Aquella canción de boulevard, acudiendo á mi memoria en el fondo de aquel desierto, transportóme á París y os ví, y veía esos rizos rubios que hay ahí proyectando sobre vuestra frente esa sombra que contemplo ahora. Os oí reír. Hasta me pareció estar al lado vuestro en el teatro, en una platea, oyendo al artista que tanto nos había hecho reír á vos, á Guy y á mí.....

Parecióle á Mariana que el Duque había titubeado al pronunciar el nombre de Guy. Vacilación imperceptible, más bien adivinada que vista.

Rosas la dominó bien pronto.

—Y veréis que pronto este fúnebre español se convirtió en el alegre parisiense que hay dentro de él. La tal canción se me metió en la cabeza con tal furia, que constituía una especie de obsesión tal, que me agarraba á ella como á un ascua ardiendo cuando me acometía la fiebre..... La tarareaba una y cien veces, y os aseguro que me cortaba la calentura tal vez por homeopatía, pues en

otra cualquiera circunstancia me la hubiese producido.

—¿Por qué?..... ¿Porque la cantaba yo en otro tiempo?

—Sí—dijo Rosas bajando la voz.—Pues sí, por eso precisamente.

Y se acercaba á ella, en tanto que Mariana le respondía sonriendo:

—Afortunadamente está cantando Faure en aquel salón y la gente por escucharlo nos deja aquí solos. Lo cual nos viene muy bien. ¿Queréis ir á aplaudir á Faure? Hace muchos años que no le oigo.

—¡Qué mala sois, Mariana!—dijo el Duque—Dejadme que disfrute de estos momentos de dicha. ¡Soy tan feliz!

—¿Feliz vos?

—Extraordinariamente feliz, y sólo porque me veo junto á vos, porque me habláis y porque puedo miraros.

—¡Pobre Job!—contestó ella, sin dejar de reír—¿Queréis que os cante las coplas de aquella revista que vimos en Variedades?

Rosas sin contestar la contemplaba.

Sentíase como rodeado de un perfume de juventud. Había al lado de Mariana, sobre una consola,

en un jarrón de China, unas ramas de lila que cuando ella se inclinaba proyectaban por encima de su rubia cabellera como una aureola de primavera. Mezcladas con los rizos del cabello veíase la blancura lechosa de las florecillas y el verde de las hojas, y aquellas flores, sacudidas por casualidad, á impulsos de algún movimiento de Mariana, dejaban caer sobre su cabellera alguna hojilla blanca que parecía una gota de leche en un montón de polvos de oro.

Toda la poesía, todo el pasado, todo el oculto amor de Rosas le hinchaban el corazón y se le subían á los labios.

En aquellos salones llenos de claridad, en medio de aquellas luces, al lado de aquellas flores, entre aquel damasco y aquellos dorados, lo olvidaba todo, todo para no pensar más que en aquella mujer bella, capaz de enloquecerlo, y que con su mirada iba infiltrando en sus venas el veneno de cien pensamientos agitados.

Una música lejana, dulce, penetrante, lánguida, alguna caricia de Gounod, llegaba como una brisa al saloncillo.

José creía soñar.

—¡Ah! ¡Si supieseis, Mariana—decía cada vez más apasionado y febril, como si estuviese bebiendo

do algún licor embriagador—¡Si supieseis cómo habéis viajado conmigo por todas partes, cómo os llevaba en el pensamiento y aquí.... como un escapulario!....

—¿Mi retrato?—dijo Mariana— Me acuerdo de él. Estaba muy delgada entonces y más bonita, hecha una chiquilla.

—No, no, si no era con vuestro retrato. Lo rompí un día que estaba furioso.

—¿Lo rompisteis?

—Sí, pensando que aquellos ojos, que aquellos labios habían sido de otro.

Mariana se puso lívida.

—Pero llevaba conmigo una cosa mejor que ese retrato: vuestro recuerdo indeleble, vuestra imagen hermosa, hermosísima.... tan hermosa como estáis ahora. Miraos al espejo, Mariana; no se puede ser más bella.

—¿Y por qué—dijo ella lentamente, dando á su voz el tono de una caricia—no me hablasteis así en otro tiempo?

—¡Ah! ¡En otro tiempo!—exclamó el Duque con rabia.

Ella dejó caer la cabeza en el espaldar del diván, mirando á aquel hombre como sabía mirar, y acercándose á él insensiblemente hasta estar muy

cerca, muy cerca, dejó escapar al oído de Rosas estas palabras que le quemaron la piel.

—En otro tiempo había cerca de mí alguien que era amigo vuestro, ¿no es verdad?

—¡No me habléis de él!—exclamó José bruscamente.

—Al contrario, porque tengo empeño en deciros que aun cuando lo hubiese amado, no habría vacilado un punto en dejarlo por seguiros, pero que no lo amaba!

—¡Mariana!

—No me creeréis; pero jamás lo amé ni nunca fuí su querida.

—No os pido vuestro secreto, ni os hablo de él—le dijo el Duque poniéndose horriblemente pálido.

—Y yo quiero hablaros. Jamás, ¿lo oís bien? jamás Guy de Lissac fué mi amante. No; á pesar de las apariencias, nunca me ha dado un beso en los labios. Yo creía amarlo, pero antes de entregarme á él tuve tiempo de advertir que me equivocaba, y esperé ¡os lo juro! á que me dijeseis que me amabais.

—¿Yo?

—Tú—dijo Mariana con voz de moribunda.—
¿No lo habías adivinado?

Y como si no se diera cuenta de lo que hacía, se escurrió hasta junto á Rosas, quien, atraído como por un imán irresistible, abandonó la cabeza á aquella cara de mujer con ojos extraviados, con labios entreabiertos y dejando escapar por entre los dientes un aliento que iba á morir en el cabello del Duque.

Él nada dijo: cogió á la mujer por la mano; atrajo hasta su boca aquella cabecita que parecía loca de amor, y perdido, ebrio, puso sus labios febriles sobre aquella boca fresca, que le produjo al tocarla una sensación inexplicable.

—¡Te amo y te amaba!.....—le dijo Mariana después de aquel beso que le había hecho palidecer.

Rosas se levantó, porque en aquel momento oyóse en el salón donde cantaban una tempestad de aplausos, y la gente iba llegando al saloncito japonés. Mariana vió al tío Kayser que discutía con Ramel, el cual parecía aburrido. Ella se levantó también, cogió la mano del Duque, la estrechó nerviosamente, y dijo mirándolo otra vez:

—Aquí está mi tío. Nos veremos, ¿no es verdad?

Y magnetizaba á Rosas con una mirada cargada de electricidad.

Delante del Duque dirigióse á Kayser y se apoyó

en su brazo, como para demostrar que no estaba sola en este mundo, que tenía un protector natural, que no era como Rosas hubiera podido sospechar, una infeliz abandonada.

Kayser parecía casi sorprendido de la amabilidad de su sobrina.

—Vámonos—le dijo ésta.

—¿Cómo que nos vamos? ¡Hay cena!

—Cenaremos en casa—respondió Mariana un tanto nerviosa.—Y discutiremos sobre la moralidad en el arte.

Había conseguido su objeto, y comprendía que cuanto hiciese sólo serviría para enfriar la impresión producida en el Duque. Por eso quería dejarlo bajo la embriagadora influencia de aquel beso.

—Vámonos, puesto que así lo quieres—dijo Kayser mal humorado y preparándose á partir.— ¡Vaya una ocurrencia! Ramel—añadió digiéndose al anciano periodista y dándole la mano—tengo algunos cuadros que enseñaros.

—¡Salgo tan poco de casa!—contestó Ramel.

—¡Hurón!—le dijo el pintor.

—¡Puritano!—añadió Mariana dando á su vez la mano á Dionisio Ramel.

Rosas la seguía con la vista y la vió desaparecer en el salón contiguo entre los numerosos grupos

de convidados que se agitaban en todas direcciones; y cuando Mariana estuvo lejos, parecióle que el saloncillo japonés se hallaba desierto y á obscuras. Un aburrimiento repentino y profundo se apoderó de él, y en tanto que Mariana sonriente, repasaba con la memoria, camino del estudio de su tío, los incidentes de aquella velada, viendo la turbada sonrisa de Vaudrey y pareciéndole escuchar aún las apasionadas confidencias de Rosas, se decía: «¡Casi me ha hablado del pasado como lo hizo Lissac! ¡Si será trivial el fondo de la naturaleza humana cuando dos hombres de carácter tan distinto hacen las mismas confesiones!»

En tanto que ella pensaba en esas cosas, el Duque se sentía descontento al ver interrumpida aquella conversación íntima, y se reprochaba no haber seguido á Mariana y haberla dejado escapar sin decirla.....

Pero ¿qué había de decirla?

Lo había dicho todo. Se había confesado, dejando ver toda su alma transparente como el cristal, y eso que en otros tiempos había formado el propósito firmísimo de ocultárselo todo ahogando su amor en su altivez de noble español, para luego de pronto, sin saber por qué, como un chiquillo, al primer encuentro con aquella mujer, dejarse arras-

trar por la pasión á multitud de confianzas peligrosas.....

¡Ay! ¡Era que amaba, que había amado siempre á esa mujer! ¡Es que no había para él en el mundo mas que una mujer, y era ella! No mentía. La sonrisa de Mariana lo siguió por todas partes; en su mirada había bebido un veneno que le quemaba las entrañas. Le pertenecía. Sin la imagen de Lissac, seguramente habría venido á París mucho tiempo antes, en busca de la señorita de Keyser. Pero el recuerdo de Lissac se lo impedía. Recordaba cuánto la había amado Guy. Había estado muchas veces con ellos; á menudo acompañaba á Lissac hasta la puerta de casa de Mariana. ¿Cómo se había atrevido ésta á jurar un momento antes que no fué jamás su querida?

¿Podía creerla? Después de todo, ¿por qué había de mentir? ¿qué interés?.....

Rosas se sentía descontento de sí mismo á medida que reflexionaba, y en medio de aquella muchedumbre sentíase acometido de repentino acceso de rabia, de esos que á menudo lo impulsaban á buscar la soledad y el aislamiento absoluto. Experimentaba deseo vehementísimo de huir.

Para no encontrarse con la señora de Marsy, que tal vez estaría buscándolo, escurrióse por entre los

grupos de gente y se dirigió hacia la puerta de la casa sin que nadie lo viese y sin despedirse de nadie, á la francesa.

Estaba ya en la antesala poniéndose el abrigo, ayudado por un criado, cuando la voz de Guy le dijo:

—¿Os vais, mi querido Duque? ¿Queréis que salgamos juntos?

La idea no desagradó á Rosas. Acaso sin quererlo, se decía que un rato de conversación con Lissac era como seguir charlando con Mariana. Aquellos dos seres entraban por partes iguales en su preocupación y su recuerdo. Además estimaba mucho á Guy. Aquel parisiense completaba á aquel español. ¡Tenían tantos recuerdos comunes: fiestas, cenas, tristezas, melancolías parisienses, de esas que hacen sollozar á los acordes de un vals corrido! Y llevaban mucho tiempo de no verse.

Rosas experimentaba cierto placer viéndose al lado de Guy, por la calle. La cosa lo rejuvenecía. Recuerdos de juventud subían hacia el cielo mezclados con las nubes azuladas del humo de su cigarro. ¡Cuántas veces habían paseado juntos, cogidos del brazo, tomando el aire y haciendo proyectos para el porvenir!

En muy pocos momentos, con unas cuantas pa-

labras, cerraron rápidamente el largo paréntesis de los años de separación y de viaje. ¡Se dicen tantas cosas en pocas palabras! Y como Rosas, insensiblemente atraído por el nombre de Mariana, lo pronunciara sin saber cómo ni á cuenta de qué, Guy de Lissac guardó reserva y se quedó esperando á que el Duque le interrogase.

—¡Qué París éste!—dijo Rosas.—Tiene una rara propiedad. De pronto se apodera de uno, como si nunca hubiese uno salido de él. Apenas he deshecho mi equipaje, y ya me he convertido en el parisiense que era antes de emprender mis últimos viajes.

—París es como el ajenjo—contestó Guy.—En cuanto uno abre una botella, empieza á beber.

—¿El ajenjo? Vosotros los franceses siempre estáis calumniando á vuestro país. ¿Á quién se le ocurre comparar á París con el ajenjo?

—Pues ya veis que vos mismo estáis diciéndolo! Apenas hace dos días que habéis llegado, y ya estáis borracho de *parisina*. ¡El haschich del boulevard!

—Tal vez no sea la parisina sola lo que se me ha subido un poco á la cabeza—dijo Rosas.

—Claro está que también habrá sido la parisiense, porque la señora de Marsy es encantadora.

—Es verdad—contestó Rosas friamente.

—¡No tanto como la señorita Kayser!

Guy envió al aire fresco de la noche una bocanada de humo del cigarro, esperando á que el Duque contestase; pero José caminaba al lado de su amigo sin responder palabra, como absorto en profunda y repentina meditación, y Lissac, viendo esto, procuró reanudar la conversación.

—¿Y habéis venido—dijo, sin nombrar á la señorita de Kayser—por mucho tiempo?

—No lo sé.

—Supongo que no os iréis á marchar en seguida á las Indias.

—¡Oh! ya sabéis que soy muy original, y no tendría nada de extraño que lo hiciese.

Lissac se echó á reir.

—No me extrañaría; pero os ruego que no nos abandonéis así y todos ganaremos. Como os he dicho cien veces, no sois español sino parisiense, y yo en vuestro pellejo me instalaría aquí definitivamente. ¿No decís que esto es lo mejor del mundo? ¿Pues á qué buscar otra cosa?

—Mi querido Guy—dijo bruscamente el Duque, que no lo escuchaba—¿queréis prometerme que contestaréis con entera franqueza á una pregunta delicada, inconveniente si queréis, una de esas

preguntas que no se deben hacer, y que yo sin embargo os dirigiré brutalmente, á quemaropa?

— Á esa y á todas las que queráis hacer, querido Duque, contestaré como debe hacerlo un hombre honrado y un amigo.

— ¿Habéis amado mucho á la señorita de Kayser?

— Mucho.

— ¿Y ella os ha amado..... un poco?

— No por cierto.

— Pues no es eso lo que me ha dicho hace poco.

— ¡Ah! — dijo Lissac tirando el cigarro. — ¿Habéis hablado de mí?

— Me ha dicho que había creído amaros sinceramente.

— Pues eso era lo que yo decía.

— ¿Y..... Mariana?.....

— ¿Mariana? -- repitió Lissac que adivinaba perfectamente la pregunta, al ver las vacilaciones de Rosas.

— Mi querido amigo, cuando un hombre se siente bastante turbado ó bastante débil, ó bastante interesado, como queráis, para jugarse la vida á una carta, le debe ser permitido hacer una de esas preguntas inconvenientes á que aludía yo hace un

momento. Pues bien, vos podéis decirme una cosa que nadie más que vos podría asegurarme: ¿Habéis sido el amante de Mariana?

Antes de contestar Guy cogió amistosamente el brazo del Duque, y al apoyarse en él notó que su amigo se estremecía, y al tocarle la mano echó de ver que estaba calenturiento.

— Querido, lo que me proponéis es la eterna cuestión de la honradez para con un caballero, y del deber con respecto á una mujer. Aunque hubiera sido el amante de Mariana me vería en la obligación de deciros que jamás fué mi querida. Esos embustes son de rigor. No, no he sido el amante de Mariana, pero os aconsejo que si no queréis haceros muy desgraciado procuréis no serlo vos tampoco! Sois de esos hombres que abren su corazón de par en par, como si tuviese puertas cocheras. Ella es una de esas mujeres que calculan, y que persiguen, sin fijarse en las consecuencias, un objetivo cualquiera..... Tal vez se considere halagada teniéndos como pretendiente, que es lo que yo fuí, ó como amante, que es lo que han sido otros según dice la gente — fijáos bien, la gente, porque yo no digo nada — pero en ninguno de esos casos se sentiría conmovida por vuestro cariño. Es una parisiense pura, tan incapaz de amaros como vos

merecéis, como incapaz sois vos de engañarla cual dicen que han hecho otros.

—¿Engañada?— preguntó Rosas con un acento de compasión que admiró á Lissac.

—¡Sí, engañada! El engaño es la escuela mística del amor!

—De modo..... ¿que si yo amase á Mariana.....— preguntó Rosas.

—Os aconsejaría que se lo dijeseis primero, que se lo probarais después, y que por fin encerraseis ese amor en un álbum, en ese álbum de amores pasados que se guarda para no abrirlo más que cuando uno se casa.

—Habláis de la señorita de Kayser como hablaríais de una mujerzuela—contestó el Duque con voz ahogada.

—Os doy mi palabra de honor que hablaría muy diferentemente de cualquiera otra muchacha; os diría: Son muy lindas y no constituyen un peligro.

—Y por el contrario, Mariana es un peligro.

—Sí por cierto. Para vos lo es.

—¿Y por qué no lo fué para vos?

—Simplemente, mi querido Duque, porque me contenté con amarla como vos la habéis amado hasta ahora, y porque según os he dicho, tuve la suerte de no ser su amante.

—¿La habéis traído esta noche á casa de la señora de Marsy?

—Sí.

—¿Y dais el brazo á una mujer que según acabáis de asegurar es peligrosa?

—Sí, pero no para Sabina. Además, eso es una gota del ajeno, un poco del haschich de que os hablaba hace poco. En París se vive solamente de concesiones, y hasta cuando uno muere, necesita una concesión, aunque ésta es á perpetuidad. No se siente uno tal cual es (y el tono burlón de Lissac convirtiéndose de repente en serio y grave) más que cuando un hombre como vos, un cumplido caballero, le dirige á uno preguntas que se parecen mucho á demandas de consejo. Entonces se le contesta lo que yo acabo de responderos, y se le dice después: «¡Cuidado!»

—Gracias—dijo Rosas deteniéndose bruscamente.—Me tratáis como á un verdadero amigo.

—Y si os parezco demasiado severo—añadió Lissac sonriendo—echad la culpa á mi despecho. El hombre que ha amado á una mujer nunca es enteramente justo cuando habla de ella, porque si ya no la ama la desconoce, y si aún está enamorado de ella, la calumnia. Tal vez he calumniado á Mariana, pero de seguro no os he engañado.

Ahora sacad el partido que podáis de esta charla mía. ¿Hasta cuándo?

—No lo sé—respondió José.—Ya os escribiré, porque tal vez me vaya de París.

—¿Iros?

—Sí.

—¡Diablo!—dijo Lissac—¿sabéis que si fuese una huída del peligro aludido, me pondríais en cuidado? La cosa sería grave.

—No sería una huída, sino un capricho cuando más—respondió el Duque.

Y se separaron menos satisfechos uno de otro que al principio de su entrevista. Lissac llevaba la impresión de que de cualquier manera, siquiera fuese en broma, había ofendido á Rosas; y el español, con su carácter un poco huraño, casi sombrío, se enfadaba con Guy al ver que se reía al tratar de una cuestión tan grave.

Descontento de sí mismo entró en la fonda, donde le esperaba su ayuda de cámara, que le entregó un sobre de papel azul puesto en una bandeja de plata.

—¡Un telegrama para el señor Duque!

Rosas lo abrió maquinalmente. Un amigo suyo de Londres, lord Lindsay, al saber que se hallaba en Europa le invitaba á pasar unos días en su

casa, añadiendo que si no iba á París á darle un abrazo, era porque los asuntos políticos se lo impedían, haciendo necesaria su presencia en Londres.

El Duque, que era algo supersticioso, contemplaba el telegrama en tanto que distraídamente se quitaba los guantes. Tal vez aquel parte telegráfico llegaba á tiempo para evitar que hiciese una locura.

¿Qué locura?

Aún sentía sobre sus labios aquel beso ardiente de Mariana. Al otro día, dentro de algunas horas, su primer pensamiento, su único pensamiento sería el de buscar á aquella mujer y renovar aquella impresión deleitosa que le llenaba el alma. ¡Un peligro! había dicho Lissac. Los ojos garzos de Mariana tenían destellos peligrosos; pero precisamente era su encanto y su fuerza y su adorable seducción, aquella llama que se infiltraba por entre sus largas pestañas rubias.

Cerraba los ojos para volver á ver á la señorita de Kayser y aspiraba fuertemente el aire para encontrar algo del perfume que exhalaba.

¡Un peligro!

Tal vez Guy tuviese razón. Los mejores amores son los no satisfechos, que permanecen siempre

inagotables. El telegrama de lord Lindsay llegaba muy á tiempo. Una casualidad ó una advertencia.

Después de todo ¿qué arriesgaba Rosas pasando en Londres algunos días y llevándose consigo la quemadura del beso? Tal vez el aire del mar borraría su huella.

—Tengo calentura—decía el Duque.—¡Tenía necesidad de hablar de ella con Lissac! ¡Tenía necesidad de hablar con ella también!—añadía, descontento de sí mismo, turbado y casi furioso.

¡Un peligro!

Tal vez Lissac había cometido una imprudencia pronunciando aquella palabra que para Rosas tenía cierto atractivo siempre. Lo que más irritaba al Duque era la respuesta de Guy afirmando que no había sido el amante de Mariana, pero que ésta había tenido otros. ¿Otros? ¿Qué sabía Lissac? Y dentro de Rosas se mezclaba cierta envidia furiosa á esa fiebre de deseo que el beso de Mariana le inyectaba en las venas. Hubiese querido saber la verdad, volver á ver á Mariana, estrechar más á Guy con sus preguntas. ¡Ojalá no hubiese vuelto, ni la hubiese visto, ni hubiese entrado en casa de Sabina!

—Bueno, sea, Lindsay tiene razón. Me iré.

Al día siguiente por la mañana Guy de Lissac,

recibió una esquela membretada con el escudo de armas del Duque y con esta divisa, que era la suya: *Hasta la muerte.*

José le decía que se iba de París.

«Tal vez teneis razón. Estoy un poco borracho de *parisina*. Me voy á Londres á casa de mi amigo, y si vuelvo á relatar mis viajes y aventuras, os aseguro que será sólo delante de los individuos más graves de la Sociedad de Geografía. Al menos ellos no serán un *peligro*. Gracias y hasta la vista.

Vuestro amigo,

J. DE R.»

—¡Diablo!—exclamó Lissac, que leyó tres veces consecutivamente la carta.—Estaba cogido de veras nuestro querido Duque. Esta vez Mariana Kayser ha tenido los dientes duros. ¡En fin, allá veremos!....—siguió diciendo en tanto que abría otra carta en la cual un amigo suyo, más rico que él, le pedía dinero prestado.

VII.

Aquella velada en casa de Sabina Marsy había dejado en Vaudrey algo así como la pesadez de